



**MENSAJE DEL GOBERNADOR  
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO  
HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON  
CON MOTIVO DEL ACTO ECUMENICO DE  
RECORDACION DE LA TRAGEDIA DE MAMEYES**

**7 DE OCTUBRE DE 1986**

**PONCE, PUERTO RICO**

Agradezco profundamente la generosa invitación que me ha hecho el Comité Unidos por Mameyes, que tan noblemente preside el amigo Andrés González, para que les acompañe en el Acto Ecuménico de Recordación de las víctimas de la tragedia de aquella madrugada triste y desoladora que hoy cumple un año en nuestro recuerdo, en nuestra amargura y en nuestras plegarias.

Levanta el alma poder compartir todos la presencia entre nosotros de los ministros y sacerdotes de la fe que, como un cáñamo de compasión y ternura, amarraba el espíritu de los vecinos de aquel Mameyes que tanto ellos querían, y que se nos fue, junto con sus vidas.

y aquí estamos hoy, recogido nuestro corazón y nuestro espíritu, nuestra memoria vuelta un año atrás cuando, en momentos precisos como éstos, un alud de fango y lágrimas sepultó hombres, mujeres y niños, convirtiendo centenares de casas en ataúdes y centenares de miles de corazones puertorriqueños en cirios encendidos de luto alumbrando ánimos desolados.

Yo estaba en Ponce. Yo sentí el ruido sordo de mil llantos en mi alma. Y corrí hasta aquí. Y aquí, ví troncos de soledad, barrancos de tristeza, y hombres, mujeres y niños, a fuerza de uña y prisa, escarbando la tierra buscando sus hijos, sus hermanitos, sus madres, sus esposas, sus amigos, sus vecinos. Fueron horas de dolor y heroísmo aquellas primeras horas. Fueron horas de lucha incesante contra la muerte para arrancarle de sus garras las vidas que quería llevarse mientras un viento de encono daba paso a las ráfagas de la misericordia de la compasión y del afecto de Dios por sus hijos.

Aquí las lágrimas de ustedes, deudos y vecinos, fueron nuestras lágrimas.

Aquí llovió, junto con el agua torrencial, el llanto torrencial.

Aquí sufrimos ,juntos, los corazones puertorriqueños y aquí aguardamos en silencio y en oración, juntos, los espíritus puertorriqueños.

Aquí la agonía de un vecindario despertó el amor de un pueblo que descubrió, entre muerte, lodo y llanto, que eramos hermanos en la sangre y en el cuerpo de esta tierra, y en la herencia divina de Dios.

Y fue Mameyes la voz del Cielo que despertó la conciencia del mundo para recordarnos que todos los hombres somos iguales después de la muerte, por lo que también debemos ser iguales durante la vida.

Desde el altar del llanto de Mameyes Puerto Rico aprendió la gran lección de los siglos: el dolor de mi prójimo es mi dolor; la muerte de mi prójimo es mi muerte; y la recordación de mi prójimo es mi recordación.

y aquí estamos, en el más sagrado de los silencios, recordando aquel 7 de octubre de 1985.

También recordamos --porque nació como parte del llanto de aquel día-- la ayuda inmensa que dieron los propios sobrevivientes de Mameyes que, con su heroísmo a flor de piel, demostraron la ingente calidad humana de sus voluntades, porque nunca cedieron un paso ante la muerte, ni retrocedieron un paso ante los reclamos de la vida.

Recordamos también, con la ternura del regocijo frente a la gran pena, a los hombres y mujeres de Unidos por Puerto Rico que, arrollándose las mangas, se convirtieron en pordioseros de la misericordia para buscar, hasta el último centavo, donde éste estuviera disponible, para mitigar el dolor y la necesidad de los sobrevivientes.

Hubo otros héroes: los bomberos de París llegaron hasta estas tierras para buscar y rebuscar la vida; los soldados y enfermeras y doctores mexicanos vinieron para traernos su solidaridad y su ayuda; los niños de las escuelas

de Puerto Rico y de los Estados Unidos recogieron, centavo a centavo, miles de dólares para las víctimas de la tragedia; las uniones obreras, de Puerto Rico y de Estados Unidos, sacaron dinero de sus alcancías para enviárnoslo como prueba de su amor por nuestros seres dolidos; los hombres y mujeres de FEMA; Josito Dapena, Alcalde de Ponce, de noble corazón y espíritu decidido; la ciudadanía poncheña, que abrió sus corazones al servicio de los sobrevivientes; los hombres y mujeres de nuestras agencias de gobierno que bregaron, y siguen bregando, con la recuperación y normalización de la vida comunal en el Nuevo Mameyes; los ingenieros de suelos que, gratuitamente, nos asesoraron y aconsejaron sobre las medidas a tomarse para proteger la vida a los sobrevivientes; y así muchos más, individuos y entidades, que dieron de sí para aligerar la carga del dolor de Mameyes.

A ellos también recordamos hoy. Y a ellos agradecemos, en agradecimiento eterno, lo que hicieron en ayuda generosa y eficaz por nuestros hermanos en desgracia.

En estas tierras estuvo la muerte ayer. En estas tierra está la esperanza hoy. La esperanza, amarrada a la solidaridad, al espíritu de servicio al más necesitado, al dominio del egoísmo propio.

Vamos a guardar esa esperanza, juntos, y vamos a recordar que aquí hay unos hombres, unas mujeres, y unos niños dormidos.

Vamos a guardar su sueño juntos, ustedes y nosotros.

Vamos a guardarlo guardando el silencio y la santidad de este sitio.

Vamos a guardarlo guardando las plantas y los árboles y las flores que aquí se sembrarán en memoria de ellos.

Vamos a guardarlo guardando con veneración el mausoleo que aquí se levantará en honor de ellos.

Vamos a guardarlo y vamos a aguardar.

Porque un día subirán los músculos, la sangre y los propios corazones de los que aquí yacen por las raíces de los árboles y arbustos y plantas, dándoles savia de sus cuerpos, y volverán entonces a nosotros en cada hoja, en cada flor, en cada rama.

Y ya no serán cuerpos deshechos sino lirios y claveles y azucenas y alelíes que traerán, en su aroma, un mensaje de amor de los que aquí yacen a los que aquí les visiten.

Y podrá haber conversaciones entonces.

Conversarán la voz del viento en las ramas con la voz del alma de los que los recordamos.

Conversarán las voces de los aromas con las voces de los que aspirarán el milagro de la presencia del ser querido, que ha vuelto en una brizna de brisa, en un suspiro del aire.

Conversarán en el silencio de la noche; quizás con los que aquí estén meditando; quizás con las estrellas; quizás con los sonidos de la misma tierra que ayudaron a fecundar.

Vamos, pues, a dejarles en paz.

Un día no lejano volveremos a verles.

Mientras tanto, recordémosles porque, recordándoles, jamás olvidaremos las lecciones de valor, amor, sacrificio y fe en Dios que ellos, desde el misterio de los Cielos, nos enseñaron.



Que descansen en paz, esos hermanos.

Nosotros no descansaremos hasta que no le quitemos el cansancio de las necesidades y el cansancio de la espera a aquellos que todavía aguardan por el acto justiciero, por la decisión ecuánime y por la solidaridad vital con su paz, con su tranquilidad y con su felicidad.

Muchas gracias.

